

que se llamaba el duque Segismundo, casado con una reina de Escocia y ordenóseme, que sirviese á dicha reina. Despues de algun tiempo se me nombró maestre sala y se me encargó el servicio de la mesa. Pero luego que crecí, llegando á ser hombre, y tuve conocimiento, parecióme conveniente acercarme á algun príncipe activo, acostumbarme á los ejercicios caballerescos y aprender cuanto exige la caballería, abandonando la paz y los placeres de Inspruck. En este tiempo el duque Alberto de Austria, hermano del emperador de romanos Federico, habia venido desde Austria á Suabia y á la alta Alemania. A él me envió gozoso mi padre con tres caballos. El archiduque Alberto estaba rodeado de muchas personas distinguidas y tenía una córte suntuosa, de príncipe, y hasta de rey. Despues de estar yo algun tiempo en ella, el duque Segismundo de Austria vino en busca del duque Alberto. Entónces quise alejarme de Inspruck, encaminarme á la córte de algun otro príncipe y ganar más fama; y como en esa época no era ya mal caballero, sino igual á cualquier otro noble, dolíame mucho el considerar que se rebajaria mi importancia á los ojos de mi anterior príncipe el duque Segismundo y de su córte; sobre esto pregunté á mi respetado padre, cortesano ex-

perimentado, cómo me comportaría con el Príncipe y su corte, pues que habiendo en ella tantas gentes de diversos países, se hacía poco caso de los noveles. Así que le hablé comprendiólo todo y me dió á entender que le llenaba de satisfaccion mi conducta; se quedó algunos instantes pensativo y me dijo: «Querido hijo, tú eres fuerte, y puedes hacer muy bien cuanto conviene á un jóven caballero. Deduzco de tu rubor que tú lo deseas y quieres persistir en tan honrosa carrera; pero todo tiene en el mundo su principio; si tú lograsés adquirir y desempeñar un cargo cualquiera, por insignificante que fuese, cerca de las personas de los príncipes, te convendría ciertamente. Así podrias esperar los sucesos, mientras lo desempeñabas, y verte libre de compañías poco provechosas, y no separarte de nobles caballeros y dignos amigos, pues que con ellos, un jóven cuya conducta sea tambien digna de alabanza, se distingue y gana renombre. Entónces pregunté de nuevo á mi querido padre, qué debia yo hacer para conseguirlo. Tornó á quedarse breves momentos pensativo, y dijo: tú no salistes de Inspruck completamente libre de censura, pues que los príncipes jóvenes creen generalmente, por tener ellos ese rango elevado, que los hombres de valer del mundo se encuen-

tran sólo en su córte. Por tanto tú debes, como jóven cortesano, y en la ocasion en que conozcas que está alegre, no afligido, hablar así con el archiduque Alberto. Amable príncipe, hace algun tiempo que fuí acogido afablemente en la córte de V. A., quando vinieron mi amable señor el duque Segismundo y su graciosa consorte, á quien yo serví desde los primeros años de mi juventud, proponiéndome en primer lugar ganarme la buena voluntad de V. A., y aprender tambien en vuestra córte quanto debe saber un jóven caballero. Pero he oido que mi señor, el duque Segismundo, vendria pronto al lado de V. A.; si yo he de verlo, sin desempeñar aquí cargo alguno, por insignificante que sea, ni haber merecido para entónces distincion ninguna de V. A., me rebajará esto en su opinion y en la de toda su córte. Suplícole, por tanto, que me conceda, con arreglo á mis años juveniles, algun cargo cerca de vuestra graciosa persona, y haré quanto esté en mi mano para granjearme su estimacion en lo sucesivo.»

Me separé de mi querido padre, decidido á ejecutar su consejo. Y tuve luego ocasion de hablar con el príncipe, de la manera ántes indicada. El príncipe me miró con dulzura, se sonrió, y dijo con palabras rápidas y concisas,

usando ese dicho tan comun: «¡Como Dios nos mira, que debe ser como tú dices!» Y llamó á un noble, que era uno de sus camareros, y le dijo: «Anda y trae las llaves de mi habitacion y entrégaselas á Ehingen.» Y así se hizo, y fuí felicitado por otros señores nobles de su servidumbre. Cuando vino mi señor, el duque Segismundo, tomé las llaves, y serví como camarero con la mayor diligencia á mi gracioso señor el duque Alberto. Por tanto, fuí muy atendido y considerado por el duque Segismundo y por toda su córte. Y cuando mi gracioso señor el duque Alberto se encontraba solo en su habitacion, me trataba con tanta amabilidad, que se dignaba reirse conmigo de buena gana, y en mi compañía y en la de otros, que gozaban de su favor, decia chistes y gracias cortesananas. Así me concilié tambien sus simpatías y la de los que tenían con él mejor acogida, como sienta bien á un jóven cortesano; y adelanté y prosperé tanto en este camino, que llegué á ser el camarero más querido de su Alteza.

Sucedió luégo que el rey Ladislao, que era entónces Príncipe de Austria, y ademas Rey de Hungría y de Bohemia, quiso ir á Praga para coronarse rey de este último país. Mi señor, el duque Alberto, hubo de acompañarle con 500 caballos; y el Margrave Al-

berto de Brandemburgo trajo 300 para cabalgar con mi señor. Participélo yo tambien á mi amado padre. Y quando supo cómo habia obedecido sus consejos, y cómo habia conseguido mi cargo, se alegró sobremanera y me dijo: «Deseo, hijo querido, equiparte para esa expedicion bien y decentemente, cual conviene á un caballero, para que te ejercites y sobresalgas en todo linaje de ejercicios caballerescos y en quanto sirva para perfeccionar y enaltecer á los caballeros; y quando observes alguna novedad en los demas, procura imitarlos, importándola contigo á tu país.» Me proveyó, pues, de arnes y de coraza completa, y de corceles y de caballos, criados, trajes y todo lo demas que debe poseer un caballero, de todo lo cual se alegró sobremanera mi gracioso señor. Acompañábale un escuadron bien equipado de hombres distinguidos, y caminaron juntos ambos príncipes hasta Viena en el Austria, donde encontraron al rey Ladislao, que los recibió con la mayor amabilidad. Desde allí salieron los príncipes con el rey, á quien acompañaban muchos poderosos señores de Hungría, de Austria y de otros países de sus dominios, en número de 10.000 caballos, siguiendo con él hasta Praga. Mucho habria que escribir para contar los juegos caballerescos y las pruebas de magnificencia dadas por el Rey,

tanto en Viena quanto en el camino desde este punto á Praga. En esta ciudad, en compañía de muchos príncipes y señores, fué coronado rey Ladislao, asistiendo tambien á esta ceremonia innumerables condes y nobles. Mi gracioso señor, el duque Alberto, armó cinco caballeros, y entraron en esta Orden, los cuales fueron Jorge de Waldsee, Bernardo de Bach, Conrado de Rasustein, Segismundo de Thun y yo, Jorge de Ehingen.

Item, tambien fué á Praga una reina en una carroza dorada, y el duque Alberto dispuso que cuatro caballeros de su acompañamiento, armados de todas armas, caminasen junto á cada una de las cuatro ruedas del carruaje, y yo, Jorge de Ehingen, fuí uno de ellos.

Item, en esta expedicion sufrimos todos cuatro grandes trabajos, grandes sobre toda ponderacion.

Item, despues de la coronacion regresaron mi gracioso señor y el Margrave otra vez á su país, y nos encaminamos á Rotemburgo sobre el Necker. Allí residió su córte algun tiempo.

Cuando mi amado padre supo la llegada de mi señor, vino tambien á Rotemburgo, y cuando todos cabalgaban en busca de su alojamiento, acercóse á mí, me saludó y me deseó toda clase de dichas en mi caballería. Encargóme ademas que cuando pasasen algunos

dias fuese á buscarlo á Kilperg, para hablar conmigo más holgadamente. Cuando llegó ese dia me encaminé, en efecto, á Kilperg, me llevó á su habitacion, que está todavía sobre la puerta, y me habló muy discreta y largamente sobre la caballería y sobre los deberes que yo tenía que llenar, dándome 400 monedas de oro con ese objeto, cuyas monedas tenía guardadas en una copa. Añadió tambien que no era su voluntad que yo pasase despues el tiempo cumpliendo mis deberes de caballero en estos países, holgando en el bullicio de la córte de los príncipes y en sus palacios, sino que deseaba que, pues en la primavera próxima habia de salir para Rodas una expedicion notable de Sanjuanistas, con el propósito de resistir al Gran Turco, que intentaba conquistar á Rodas, preparando grandes fuerzas de mar y tierra para conseguirlo, yo debia acompañarlos; y, armado como novel caballero, encaminarme con los expedicionarios á Rodas en la época indicada; y cuando terminase la expedicion (si el Señor me concedia la vida) habia de visitar el Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo y la tierra Santa; porque si bien él habia tenido vivos deseos toda su vida de visitar los Santos Lugares, se lo habian impedido hasta entónces várias razones importantes, segun me habia dicho él

mismo ántes muchas veces; por cuyo motivo creia conveniente que yo fuese allá y los visitase, para lo cual él me proveeria de lo necesario, con arreglo á su fortuna. Yo me regocijé mucho de oirlo, y le declaré que tal era tambien mi voluntad é inclinacion, no á otro objeto dirigida que á llegar á ser poco á poco, y con el tiempo, un cumplido caballero. Quería yo poner con anterioridad mi empresa, en conocimiento de mis graciosos señores, y hacer algunos otros preparativos, todo con arreglo á sus consejos. Se me habian tambien estropeado algun corcel y algun caballo en mi viaje al Austria y á Bohemia. Estos mismos y otros de la última clase fueron vendidos con ventaja á mis señores y otras personas de la córte. Expuse mi proyecto á mi señor, para que se sirviese darme su beneplácito; y, á la verdad, lo logré cumplidamente en su real ánimo. Prometióme su apoyo y me despidió con la mayor benevolencia. Tambien me despedí de mi amado padre, el cual me dijo, entre otras cosas, que yo debia hacer un presente y un voto á San Juan, el Santo Apóstol y Evangelista, para que favoreciese mi vuelta. Esta era siempre mi costumbre, cuando me separaba de él. Aquella misma primavera salí, pues, solo y á mi costa en compañía de los Comendadores de la Orden de San Juan, hácia

Venecia, porque ninguno de la córte de mi señor quiso acompañarme, ni ninguno otro señor ni noble de los países de la alta Alemania me imitó, siguiendo mi ejemplo de visitar al gran Maestre para granjearse su amistad y benevolencia. No sucedió lo mismo en Francia y en España, de donde acudieron algunos caballeros de la nobleza. Nos embarcamos en Venecia y tuve la fortuna de encontrar cierto mercader que me acompañó á Rodas y abrevió extraordinariamente mi peregrinacion. Cuando llegamos fuí recibido con mucha distincion y amabilidad por el gran Maestre, pues los caballeros de la Orden, á quienes visité, prepararon favorablemente su ánimo, declarándole el motivo que me traia y mis prendas personales. Pero el gran Maestre se encontraba muy preocupado, á consecuencia del número y variedad de las noticias que recibia; y así trascurrió algun tiempo. Hubo miéntras tanto seis batallas por mar y por tierra, en la guerra que sosteníamos contra los turcos. Yo me esforcé por todos los medios posibles para distinguirme siempre en ella y alcanzar buen renombre entre los capitanes, que era el objeto de mi venida. Pero los turcos prolongaron tanto esta guerra que en el intervalo murió su Emperador, sin haber logrado el objeto que se proponia con

el asedio, si bien el gran Maestre y la muchedumbre de cristianos, que le auxiliaban, no consiguieron otra cosa que impedir á los turcos la ejecucion de sus planes. Despues de estos sucesos, cuando ya llevaba once meses en Rodas, en sus cercanías, y en los mares que la rodean, me despedí del gran Maestre, que me dió las más expresivas gracias. Me honró tambien haciéndome algunos presentes y dándome algunas reliquias, entre las cuales se contaba una espina de la corona del Señor. De esta manera y con tales honores abandoné á Rodas, habiendo recibido del gran Maestre cartas de recomendacion para el rey de Chipre, con el propósito de detenerme algun tiempo en esta isla á mi regreso de la Tierra Santa. Así lo realicé á su tiempo. Y como supe que en Beyrut, el caballero San Jorge, habia vencido al monstruoso Dragon, convirtiendo á la fe cristiana al mismo Rey, á su mujer é hijo, y á todos los habitantes, me conmoví profundamente, y quise ántes visitarlo. Fuí, pues, á Beyrut y vi la ciudad y la iglesia en donde tales milagros habian ocurrido.

Desde allí anduve con una caravana por tierra ocho jornadas, y llegué á una gran ciudad llamada Tiro, luego á Lafedon y Apoloro. Desde aquí fuí á Nazaret, despues á Jerusalem, y recorrimos tambien el mar de Galilea, del cual

ha tomado su nombre este país. Después que visité la Ciudad santa y sus cercanías, permaneciendo en Jerusalem unos quince días, determiné ver á Santa Catalina y á Babilonia en compañía de algunos mercaderes y monjes descalzos. Tropecé entónces con un notable compañero de viaje; era un hombre hábil, que se llamaba el monje de Basilea. Su objeto era tambien visitar conmigo á Santa Catalina. Caminamos, pues, bien acompañados y llegamos á Damasco. Desde aquí habian de salir tambien otros peregrinos, como indicaron ántes los mercaderes y monjes descalzos. Esta ciudad de Damasco es grande y tiene buenos edificios. Allí nos enseñaron la casa que habia habitado el Apóstol San Pablo, y otros muchos lugares frecuentados por Santos y Profetas. Cuando llevábamos algunos dias en Damasco y nos preparábamos para más larga peregrinacion á Santa Catalina, nos encerraron en la cárcel á mí y á mi compañero, y nos maltrataron aunque al fin nos pusieron en libertad. Nos costó unos treinta ducados. Determinamos dar la vuelta, pues nos era imposible seguir adelante, á causa de los moros y árabes. Fuimos á Alejandría en donde la Santa Vírgen Catalina fué martirizada, puerto de mar muy guardado por el Sultán con muchos soldados y mamelucos. Allí tambien desem-

boca en el mar el gran rio Nilo, que se dirige á Babilonia y pasa por Egipto. Así que encontramos pasaje en un barco fuimos al reino de Chipre; y cuando llegamos allí, murió mi compañero, el monje de Basilea; fué tirado al mar desde la galera, y su muerte me afligió cuanto puede imaginarse. ¡Dios fué misericordioso y compasivo con su servidor!

Nos dirigimos á Chipre, y á la córte del Rey para conocer tambien sus dominios. Felipe era entónces el soberano de este país. Acompañado de algunos mercaderes venecianos que llevaban el propósito de visitar la isla, llegamos á su capital situada enfrente de Rodas. Entregué al Rey la carta del gran Maestre, siendo recibido por él muy afablemente. Permitióme seguir mi peregrinacion y recorrer su reino, concediéndome tambien el honor de hablarle y de tratarlo, y despues me despedí de él, y regresé á Rodas. Cuando llegué aquí, el gran Maestre me acogió con la mayor benignidad y me trató espléndidamente; me encontraba algo enfermo y hube de guardar el lecho algunas semanas, me envió su médico y cuanto necesité hasta recobrar mi salud. Entónces volví á Venecia, y de Venecia á mi patria. Y cuando entré en el castillo de mi padre de Kilperg, me acogió con la alegría que es de imaginar. Le dí la reliquia para su capilla, con lo cual

sintió un placer indecible, pasé algunos días en Kilperg, y me proveyó de los vestidos que me hacian falta, así como á mis criados. Esto sucedió el año 1454.

En esta época, el duque Alberto, mi bondadoso señor, tenía su córte en Rotemburgo, sobre el Necker. Torné, pues, á verlo, y fuí saludado por él con las mayores muestras de alegría, y atendido y respetado por toda su córte y por todos los señores y caballeros que la componian. Su gracia me concedió tambien el ingreso en la Orden de la Salamandra, y al lado de mi señor permanecí un año entero en la córte, aunque siempre mi inclinacion me llevaba á ejercitar de nuevo la profesion de la Caballería. Otros señores y nobles, ademas del Príncipe, me honraron con su amistad, y tambien su primer camarero. Durante ese año me dispensó muchas veces la honra de hablar conmigo y hacerme várias preguntas acerca de mi viaje; indicándole yo con frecuencia que no tendria más placer, en cuanto me fuera posible, que emprender otra vez una nueva y honrosa expedicion caballeresca, si S. A. me daba licencia y las recomendaciones necesarias para llevar á efecto mi empresa; y que mi conducta sería tan digna como merecia mi propósito de conseguir sus alabanzas. Esto le llenaba de contento. Durante esa época, en cuanto

yo supe, ningun rey ni príncipe acometió guerras ni otras hazañas memorables. Habia paz y sosiego en todos los reinos de la cristiandad. Pensé yo entónces que no me convenia perder el tiempo en medio de esta tranquilidad general, porque mi bondadoso señor no se ocupaba en ninguna otra cosa, ya tuviese su córte en Rotemburgo ó en Friburgo, sino en cabalgar, tornear, bailar y otras diversiones de la misma índole, pacíficas y alegres; y aunque por mi parte hacía lo posible por adelantar en ellas, me conceptuaba ocioso asistiendo á semejantes distracciones. Porque mi amado padre me decia: «Gran vicio es la holganza para jóvenes y viejos.» Yo soñaba siempre conseguir con mis actos gran fama siguiendo mis ideas caballerescas, á fin de ser útil á los demas; y así pensaba que me sería conveniente recorrer los reinos más célebres de la cristiandad, y permanecer ya en uno, ya en otro, hasta que pudiese ejecutar hazañas famosas y de peligro. Entónces habia un esforzado y noble mancebo en la córte de mi señor, llamado Jorge de Ramyden, era natural de Saltsburgo, en donde tenía sus castillos y sus bienes. Este, que me mostraba siempre una predileccion particular, me explicaba que, pues yo habia estado en países extranjeros, accediese á visitarlos de nuevó en su compa-

ña. Encontré en él un hombre honrado y pun-  
donoso; era de grandes fuerzas y buena apos-  
tura, y además rico y poderoso en bienes de  
fortuna. Por todas estas razones convine pron-  
to en su idea, é hice por agradarle y acceder  
á sus súplicas y á la satisfaccion de su curio-  
sidad, con tanta mayor razon quanto que yo  
mismo deseaba tener un compañero y ansiaba  
tambien, como él, recorrer quanto ántes los  
reinos extraños. Alegróse mucho de oirme y  
me dijo que me rogaba que visitase á su padre  
en su compañía. Despues, quando me trató  
más, me pidió que me dignase instruirlo y  
aleccionarlo, porque él se proponia consa-  
grar á ese proyecto toda su fortuna. Uní-  
mosnos, pues, ambos para solicitar de la Ma-  
jestad Imperial, del rey Ladislao y de nues-  
tros bondadosos señores, cartas de recomenda-  
cion para los demas soberanos y reyes de la  
cristiandad y para los príncipes poderosos,  
para el caso de que, no habiendo en sus do-  
minios motivo alguno que nos detuviese,  
pudiésemos visitar otros reyes y otros prínci-  
pes. Así lo suplicamos á nuestros bondadosos  
señores, quienes nos contestaron accediendo  
á nuestros deseos; y despues de aprobar y ala-  
bar nuestros propósitos, miéntras nos detenía-  
mos en su córte y procurábamos el apoyo de  
la celebérrima casa de Austria, se interesaron

hasta con S. M. Imperial y con el rey Ladislao para que nos diesen cartas de recomendacion, muy expresivas, para el Rey de Francia, para el de Portugal, que era entónces hermano de la Emperatriz; para el de España, para el de Inglaterra, y una recomendacion general para todos los reyes y príncipes de la cristiandad. Así nos preparamos para nuestra expedicion. Mi bondadoso señor nos concedió tambien un heraldo instruido, que hablaba muchas lenguas, y cuanto estuvo en su mano y pudo hacer por nosotros. Reuníamos así entre los dos ocho caballos y ademas el heraldo y un asistente, que cuidaba de nuestra ropa, todo lo cual compone el número de diez caballos. Primero nos encaminamos á visitar al Rey de Francia, que se llamaba Cárlos, y cuando llegamos á su córte, así los señores franceses como los personajes de su séquito, despues de presentar las cartas al Rey, nos acogieron muy afablemente y nos trataron con esplendidez.

Pero en este reino no habia ocupacion para nuestras aficiones caballerescas, porque el Rey era un hombre grave, de edad algo avanzada. A las seis semanas de estar nosotros en la córte de Francia vino una embajada solemne del Rey de España para participar al de Francia que aquél se proponia emprender

una gran cruzada contra el Rey moro de Granada, porque éste, con ayuda del Rey de Túnez y de otros soberanos moros de Africa, habia hecho muchas y ruinosas correrías por toda España, y que si no se le refrenaba serian los males mayores; y si por este medio conseguia derrotarlo, así los de su propio reino como todos los cristianos obtendrian grandes ventajas; y queria que el Rey de Francia lo hiciese saber á todos los cristianos de su reino, con el objeto de mover á algunos caballeros á acudir allá en su socorro, rogando al mismo Rey de Francia que, en caso de que los hubiese les diese licencia y accediese en todo á sus deseos. El Rey nos lo comunicó á su vez, y nosotros anelábamos emprender ese viaje, si él nos ayudaba á realizarlo con todo su poder. El Rey oyó con placer nuestro sentimiento y alabó nuestros propósitos. Dió á cada uno una bella armadura completa, y ademas cien coronas y una carta de recomendacion para el Rey de España, y órden para que á nuestro paso por Francia se nos auxiliase y favoreciese; y atravesando este reino por Armeuyesa llegamos á Tolosa y despues al reino de Navarra y á su capital, que se llama Pamplona. Supimos en nuestra travesía que el Rey de Sicilia tenía córte en Angers, en Francia,

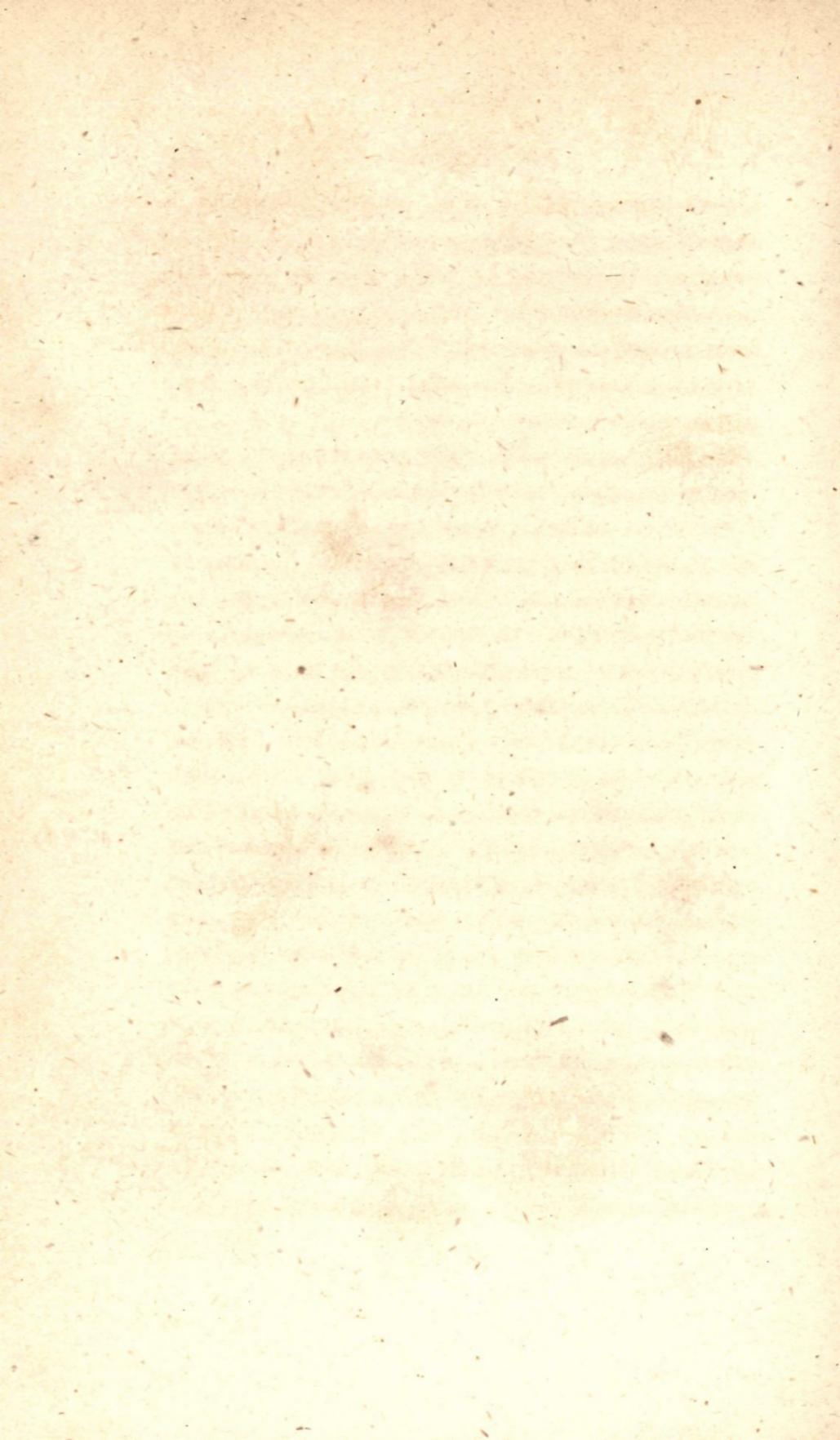
allá nos encaminamos, no teniendo que rodear mucho, y con el propósito de que descansasen durante ese tiempo nuestros caballos, y pasar algunas semanas al lado de este rey. Llamábase Renato y tenía en Francia muchos bienes, ciudades y castillos. Llegamos nosotros á la córte, que en Angers tenía el rey Renato de Sicilia, y fuimos recibidos por él muy afablemente, y nos trató con esplendidez y nos honró sobremanera.

Proseguimos nuestro camino despues de algunas semanas, como he dicho ántes, y atravesando por Francia, llegamos á Pamploña en el reino de Navarra, allí supimos que la expedicion contra Granada estaba de vuelta; determinamos, por tanto, detenernos algun tiempo en la córte del Rey de Navarra, aclimatarnos al país y desde allí dirigirnos á Portugal, y así lo hicimos. El rey de Navarra se llamaba Juan. Allí permanecimos sobre dos meses. El rey nos trató bien y nos festejó con cacerías, bailes, banquetes y otros regocijos.

En este intervalo supimos en la córte que el Rey de Portugal movia gran guerra por mar y tierra á los moros de Africa, y especialmente á el Rey mahometano de Fez, y que el Rey de Portugal, algunos años ántes, se habia apoderado de una gran ciudad llamada



EL REY DE NAVARRA (EL CONDE DE FOX?).



Ceuta, situada en Africa, allende los mares. Resolvimos, por tanto, marchar apresuradamente á Portugal; pedimos licencia al Rey, que nos la concedió bondadosamente, y fuimos despedidos con todo linaje de distinciones, asegurándonos que en todo su reino nos dispensarian los mismos honores.

Atravesamos el de España por una gran ciudad llamada Búrgos y por otras hasta llegar á Santiago. Perdimos uno de nuestros mejores caballos de guerra, porque el camino es sumamente penoso. Nos habiamos propuesto detenernos en el puerto de mar llamado Logrunje, que los santiaguistas de nuestro país llaman *de la más negra estrella* (1), y así lo hicimos. Nos embarcamos despues y nos hicimos á la vela hasta llegar á Portugal. El camino es de 120 millas por agua, y despues llegamos á la ciudad de Lisboa. Esta es la capital del reino de Portugal. Anunciamos al Rey nuestra llegada. Cuando supo que éramos enviados por el Emperador y por la Casa de Austria, nos hizo buscar en nuestro alojamiento para decirnos que tenía noticias de nuestra expedicion, y que habiendo caminado larga y penosamente por mar y por tierra, debiamos descansar y tratarnos bien por algun tiempo, y que nos daria en seguida audiencia.

(1) Mas adelante se explica que esta *negra estrella* es *Finisterre*.

Dejó orden tambien en nuestro alojamiento de que nos tratasen espléndidamente. Pocos dias despues nos avisó el Rey que nos presentásemos en la córte, enviando algunos señores y nobles para acompañarnos. Cuando llegamos á su palacio lo encontramos en un salon magnífico, rodeado de príncipes y marqueses, y de muchos señores y caballeros, y nos habló muy afablemente, y como nosotros no conociamos la lengua portuguesa, le manifestamos con gestos nuestra sumision y reverencia, cual convenia; y le presentamos las cartas de recomendacion, las cuales, escritas en latin, fueron leidas por su órden; y despues, por conducto de un intérprete, que se expresaba en el idioma que se usa en el Bravante en los Países Bajos, conversó con nosotros mucho tiempo sobre diversos asuntos. Dijímosle tambien que, segun habiamos oido, su reino mantenia cruel guerra contra el Rey moro de Fez, suplicándole que nos permitiese tomar parte en ella, ya se hiciese por mar, ya por tierra. El Rey mostró mucho placer al escucharnos, y nos dijo que se alegraria de que le ayudásemos en ella, y cuando llegase la ocasion, se aprovecharia de nuestra oferta; que debiamos por entónces vivir algun tiempo en la córte, contraer relaciones con los señores y nobles, y conocer algo el país. Nos hizo conducir

de nuevo á nuestro alojamiento, y ordenó á los señores y nobles que nos hiciesen buena compañía, lo cual obedecieron en todo. Tantos fueron los agasajos, tantas las fiestas con que nos honraron, que superaron en mucho á las que nos dieron en los demas reinos y principados. Condujéronnos muchas veces á los aposentos de la Reina, y allí se celebraron alegres bailes; asistimos tambien á monterías y hubo carreras de caballos, saltos, combates, luchas y juegos á la jineta, y algunos banquetes. ¡Buena vida llevábamos! El rey se llamaba Alfonso, y era muy agraciado, el príncipe más dispuesto y más cristiano guerrero y justificado que he conocido en mi vida. Tenía una córte régia, dos margraves y muchos condes, señores y caballeros á su servicio, y sobre todo una bella esposa. Nos ocupábamos, pues, en todo linaje de ejercicios caballerescos, justas y torneos, completamente armados, en los cuales el Rey recibia gran placer y contentamiento. Mi compañero era el hombre más fuerte en lanzar piedras y dardos, pero no ligero, sino muy pesado; su alta estatura y su robustez impedian que cediese nunca al empuje de las armas más poderosas, así como en la lucha á caballo ó á pié.

Aplicábame cuanto podia á combatir completamente armado, porque en esta clase de

ejercicios era yo más diestro que mi compañero. En el reino hay muchos caballeros y gente de estirpe esclarecida, pundonorosa y rica. Es también un país bien cultivado, y prosperan en él los frutos más varios: exquisitos vinos, granos, aceite, azúcar, miel, pasas, y además mucha sal. Nos hicieron recorrer todo el reino, visitando bellas ciudades, castillos y monasterios, y especialmente uno de estos últimos superior á cuantos había visto. Es de la Orden de Santo Domingo y fué fundado por un Rey de Portugal, siendo denominado *monasterio de la batalla*, porque muchos años ántes un Rey de Portugal combatió, en el paraje que ocupa, contra los castellanos (1). En este tiempo vino en busca del Rey un mensaje apremiante del Africa, de la capitania principal de Ceuta, anunciando que el Rey moro de Fez, con ayuda de otros Reyes del Africa, se preparaba con grande algazara y con muchedumbre de soldados á atacar á Ceuta, proponiéndose conquistarla y reducirla de nuevo á su imperio. Visitamos, pues, al Rey para averiguar si era cierto. Suplicámosle, por tanto, que nos permitiese marchar contra los mahometanos, á lo cual accedió bondadosamente. El Rey nos dió á cada uno de nosotros un valiente

(1) Excusado es decir que la batalla á que aquí se alude es la de Aljubarrota.